863 PB

Pa6629 At no8

> Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" FONDO RICARDO COVARRUBIAS

R. Velasco, imp.-Marques de Santa Ana, 11



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ando: 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS TRES ARCOS DE CIRILO

Don Dámaso Hinojales, modesto empleadillo en Hacienda, atenido á un sueldo escaso y con descuento, y á una renta patrimonial nada pingüe, mermada además por los tributos y las malas cosechas, tuvo en cambio la fortuna de que Dios le diese un solo hijo, y la satisfacción de que el chico saliese tan despejado, guapo y agradable, que la parentela, las vecinas, los amigos y amigas de la casa, y hasta los compañeros de oficina y los porteros del ministerio auguraron al retoño brillante porvenir.

Quedó la esposa de 1). Dámaso delicada y resentida del trance del parto, y la ciencia pronosticó que ya no descendería más la bendición del cielo sobre aquel hogar honradísimo. Seguros los esposos de que Cirilo—este nombre habían puesto á su heredero, por ser el mismo del papá de D. Dámaso—sería su única prole, como era ya su única alegría y orgullo,

dedicáronse, hasta donde se lo permitían sus medios, á cuidarle y adornarle con todos los primores de una rara y selecta educación. Llegó á constituir en ellos una especie de monomanía el afán de educar bien á su hijo. Eran los padres de Cirilo en extremo ahorrones y metódicos; realizaba la madre prodigios de economía, y el padre se contaba en el número de esos hombres de bien pacatos y tímidos, que salen de su casa con una peseta en el bolsillo del chaleco, y vuelven con ochenta y tres céntimos, que entregan religiosamente á su consorte. La madre, mas vivaracha y despierta, azuzat a al padre, y le impulsaba á buscarse la vida, consiguiendo, en su ansia de reunir algún dinerete que gastar en profesores, libros y colegios para Cirilo, que D. Dámaso obtuviese unas cuantas pequeñas administraciones, llevase los libros de un comerciante, y granjease, por medio de estos trabajos desempeñados á las horas que la oficina dejaba libres, un sobresueldo no despreciable, pues al fin muchas pajitas hacen pajar. Los excelentes padres se privaban de toda distracción y huían como del diablo del gasto superfluo: los gabanes de don Dámaso sufrían más reviravueltas que las convicciones de un político vividor; los vestidos negros de doña Clara, de puro llevados y traídos, parecían verdosos ó color de ala de mosca, y mientras presentaban á su unigénito el jugoso beefsteack ó el suculento y amarillo cuarto de gallina, saciaban los esposos su propio apetito con una platada de garbanzos ó un guisado de habichuelas. Para el chico no había de faltar su reconfortante vino puro, ni menos la nutritiva carne, que, según doña Clara, carne cría».

Porque es de advertir que los padres de Cirilo, en su propósito de completar y perfeccionar la obra de la naturaleza, que les había regalado un chico tan despabilado, bonito y gracioso, no sólo pretendían adornarle con todos los requilorios de la ciencia y la sabiduría, sino atender con celo à su desarrollo corporal, y que la mente sana del rapaz se encerrase en un organismo sano también. Aunque apocado y sin chispa, D. Dámaso no era lo que se llama un ignorante, ni mucho menos: había leído y leía, siempre que se lo consentían sus quehaceres, libros serios y de meollo, y desde que tuvo sucesión prefirió los pedagógicos, llegando á penetrarse bastante de las teorías más flamantes y nuevas, y, sin prendarse exclusivamente de ninguna, hizo él allá á su modo una conciliación ó sincretismo de todas ellas, tomando algo de los sistemas rancios y pasados de moda, y otro poco de los que más se campanean hoy en el extranjero, y por aquí apenas se conocen. De su composición de lugar sacó en limpio D. Dámaso que, poseyendo el hombre un conjunto de órganos que llena cada cual importante fin en la maravillosa máquina del cuerpo ó en el juego de las funciones intelectuales, hay que dar á estos órganos lo suyo equitativamente, sin tacañería y sin prodigalidad derrochadora. Bueno será-pensaba don Dámaso-meterle á un chico en la cabeza el mapamundi de la sabiduría; pero también conviene que ese mapamundi descanse sobre un pie fuerte y sólido, que no le permita venirse á tierra. Guiado por esta verdad, D. Dámaso avezó á su hijo á los ejercicios corporales,desde la gimnasia higiénica, que robustece los músculos y ensancha las cavidades pulmonares, la gimnasia artística y natural, que enseña la actitud elegante y noble, y la gimnasia atlética, que proporciona á un hombre el medio de salir airoso en lances apurados, hasta el más reciente capricho del moderno sport, ó sea el manejo de los variados artefactos cíclicos.-El cariñoso padre, así que notaba que un ejercicio le desarrollaba al muchacho, por ejemplo, el esternón, inmediatamente pensaba en que no se quejasen las piernas, y discurría el modo de compensarlas con la carrera ó el salto; y así que advertía los efectos beneficiosos del sistema en la vida física de Cirilo, al punto se acordaba del cerebro, y ya estaba buscando el mejor maestro y el método más luminoso y seguro para que el chico se familiarizase con el griego, el francés, la lingüística ó la química. Porque es de advertir que en lo tocante á la adquisición de los conocimientos, el padre de Cirilo adoptó la misma táctica de equilibrio y compensación prudente, huyendo de convertir á su hijo en un enfadoso sabio especialista, ó de limitarle á erudito á la violeta, superficial y petulante.

Entendía D. Dámaso que importa dominar,

no una única materia, en cuyo caso nos volvemos dogmáticos, exclusivistas é impertinentes, crevendo ó aparentando creer que sólo aquella ciencia significa y vale algo, sino dos ó tres ramas afines, en las cuales adquirimos verdadera superioridad; pero que no por eso deben abandonarse otros estudios, ó cuando menos no deben ignorarse enteramente, pues conviene, como decía cierta eminencia muy respetada por D. Dámaso, asomarse á todos los conocimientos, y tener de ellos un concepto claro y justo, ya que no profundo ni autorizadísimo. Estaba á mal D. Dámaso co 1 los limitados positivistas que reducen a hechos el saber, y quería que su hijo no despreciase la hermosura de esa labor de la mente humana que por filosofía se conoce; pero no transigía con que por eso el chico se perdiese en la abstración, y abandonando la tierra se echase á pasear por las nubes: le quería conocedor y admirador de lo demostrable, y partidario del método prudente y de la realidad tangible. En arte también procuró D. Dámaso no sacar al muchacho de quicio, haciéndole comprender, desde luego, que si ignorar los rudimentos de las artes y desconocer su valor y su puesto en nuestra existencia, - que tanto embellecen, decoran y encantan,-es digno de un vándalo, también sería ridícula pretensión y majadería intolerable que alardease de artista el que no ha recibido al venir al mundo las dotes de la inspiración. Trató, pues, el buen padre de que Cirilo aprendiese, de música y dibujo, lo que puede lograr un

aficionado; obligóle á que estudiase la lectura y el modo de recitar versos, género de habilidad que casi nadie tiene, pues de los que leen en alto apenas se encuentra alguno que no titubee ó tropiece, que dé sentido á las palabras, que las pronuncie como es debido, y que tenga inflexiones de voz delicadas y sonoras, sino falsas, enfáticas y duras; así es que Cirilo no aprendió á leer con un dómine, pero con un actor consumado,—lecciones pagadas por D. Dámaso á muy alto precio. También quiso el entusiasta padre que su hijo adquiriese una tinturilla arqueológica, y le costeó algunos viajes cortos para que visitase pueblos y monumentos de España, viajes que debían ser para el muchacho como rayo de luz que barriese de sus ojos las telarañas del desconocimiento del ayer. Estos viajecillos aprovecharon á Cirilo para conocer algún tanto la vida práctica, para habituarse á sufrir el calor, el frío, las malas noches y las comidas medianejas, para avenirse à costumbres y usos distintos, perdiendo el mimo de su casa y el miedo á la ajena.

Bien desearía D. Dámaso completar su obra ampliando este capítulo de los viajes, y alargando las correrías de su hijo, no sólo á las más adelantadas y cultas naciones europeas, sino á países remotos, como Norte América, verbigracia, á fin de que actuasen sobre su espíritu, juntamente con las finas, insinuantes y artísticas influencias de nuestra gastada civilización, otras más originales y más juveniles, y, sobre todo, más al diapasón de nuestro siglo. Pero

aquí se estrellaban los intentos del excelente padre contra el mayor, más frecuente é insidioso de los obstáculos, ó sea la falta de ese jugo sustantifico y vital que se llama dinero. Aunque la parsimonia de la esposa y la laboriosidad del esposo realizaban prodigios comparables al de la multiplicación de los panes y los peces; aunque los trabajos supletorios y las diversas ocupaciones que había logrado procurarse D. Damaso fuera de su empleo le proporcionaban ganancias muy lícitas y no despreciables; aunque los jefes de D. Dámaso, habiendo llegado á considerarle indispensable en el negociado por su asiduidad, inteligencia y practica, le fueron empujando al ascenso, y al consiguiente aumento de sueldo, es la verdad que sin embargo no pudo realizar su sueño de enviar á Cirilo por esos mundos de Dios, á correr cortes y realzar su educación singularísima con la variedad de impresiones y la experiencia precoz que proporciona el rodar por el vasto mundo.

Así y todo, diré en poridad que Cirilo, á los veintitrés años que dió por terminada su educación, era un pasmo de criatura. Versado especialmente, dentro del terreno de la ciencia, en la filosofia india y en la venerable lengua prákrita, tenía la ventaja de que, como estos dos ramos los han cultivado en España contadísimos individuos, tan contados que por los dedos se saca la cuenta, nadie sería osado á disputarle la supremacía. En arte tenía Cirilo salero especial para pintar unos caprichosos

platitos al humo, que arañados después con un palillo, y barnizados, producían efecto sorprendente colgados en la pared; y demostraba aptitud notable para tocar la mandolina, raro instrumento de la Edad Media, cuyo sólo nombre recuerda mil escenas románticas. En los ejercicios corporales era maestro, y por prurito de aprender, había aprendido hasta á banderillear toros y á subir por cucañas untadas de sebo. Nada diré de su destreza para la esgrima y la equitación, nada de su rejo y vigor para la lucha, nada de su buena gracia para danzar y de sus proezas en el trapecio; únicamente advertiré que por reunirse en el muchacho los primores de las educaciones antigua, moderna y novísima, el doctor en idioma prákrito había aprendido un oficio, y con el garbo del mundo echaba gentiles medias suelas á unos zapatos ó preparaba las cañas de unas botas.

Si á todo esto añadis la poca edad, la mucha robustez y brío, la gallarda disposición del cuerpo, la interesante y simpática del rostro, en fin, las prendas todas que esmaltaban aquella joya tan cuidadosamente montada por D. Dámaso para lucir y resaltar donde quiera que se presentase, podréis comprender que el padre creyese llegado el punto de exhibirla y ostentarla, y que, inspirado por esta idea, llamase á su cuarto á Cirilo en presencia de su madre, y le dijese lo que verá el que siga levendo.

-Hijo mío, bien habrás notado que tu madre y yo no hemos perdonado sacrificio para darte una educación que de fijo, en España, no la recibe ni mejor ni tan completa el mismo rey. En la seguridad de que no habíamos de tener otro vástago más que tú, agotamos contigo todo el cariño y la abnegación que Dios nos había dado sin duda para repartir entre veinte retoños. Nuestras vidas oscuras y sin goce no tienen más significación que la de haberte producido à tí, que sin duda estás destinado á otro vivir diferente, y tan superior al nuestro, como lo es un diamante á un guijarro. Pero todo tiene sus límites, hijo del alma, y has de saber que tu mamá se siente quebrantadísima de salud, y yo, por mi parte, no ando mejor: el depósito de mis fuerzas se encuentra exhausto. Quiere decir, que necesitamos reposar, cuidarnos unas miajas y echarle al cuerpo, viejo y en ruinas, un reparillo, pues de otro modo se vendría á tierra. Es preciso que tu madre tome una criada más, y tenga ropa